

pensa que había de dar en sus islas por la plaza de Gibraltar, y á España del equivalente con que había de indemnizar á Francia en la de Santo Domingo, y se otorgaba á la nación francesa la facultad de pescar en el banco de Terranova bajo la misma base que en la paz de Utrecht. El gabinete de París, que vino á ser el autor de estos preliminares (1), fué también el que con sus instancias recabó la adhesión del monarca y del gobierno español, aunque no de buen grado otorgada. No de buen grado, porque Floridablanca insistía en que se llevara á cabo la expedición, para la cual estaban ya hechos inmensos gastos, como medio de obtener condiciones de paz mas ventajosas y estables, sin destruir las esperanzas de la adquisición de Gibraltar. «No se hizo así, decía despues lamentándolo, y V. M. se vió obligado á ceder á otras consideraciones que no es justo decir, firmándose los preliminares de paz, en que el celo de nuestro plenipotenciario el conde de Aranda sacó todo el partido posible con arreglo á las instrucciones que V. M. me mandó darle.»

«Las resultas, prosigue, fueron como se temian, porque el partido de oposicion en Lóndres logró desacreditar y hacer retirar á los ministros que tuvieron parte en la paz, y puesto en el ministerio M. Fox nos dió bien en qué entender para venir despues de ocho meses á la extension del tratado definitivo en que consiguió dejar sentada con expresiones equívocas una semilla de nuevas discordias.» En efecto, el parlamento británico desaprobó los preliminares: el ministerio fué derribado por los dos partidos de oposicion representados por North y Fox, y una de las primeras comunicaciones de este último ministro fué una declaracion explicita de que la cesion de Gibraltar no se admitiria en lo sucesivo como punto de discusion. Continuaron no obstante las negociaciones, y el 3 de setiembre (1783) se concluyó en Versalles el tratado definitivo, en que á pesar de los esfuerzos de Fox no pudo Inglaterra dejar de otorgar á las naciones borbónicas casi todo lo que habían obtenido en los preliminares. Solo en lo relativo á España logró el plenipotenciario inglés introducir una frase que dió lugar á que el gobierno británico pretendiera no estar incluido el país de los Mosquitos entre los que los ingleses se obligaban á evacuar, por no hallarse comprendido en el Continente español (frase del tratado). Mas no pasó por la estudiada y capciosa cláusula el gobierno de Carlos III, y menos el sabio ministro que estaba á su cabeza, pues penetrado de que sin la reintegracion del país de los Mosquitos hasta el cabo de Gracias-á-Dios y mas allá, quedaban desvirtuadas las utilidades del tratado en aquella parte, y expuestos los establecimientos españoles á las devastadoras correrías de los indios y á grandes y temibles usurpaciones de los ingleses, encomendó al marqués del Campo nueva negociacion sobre aquel punto, y felizmente se consiguió ampliar las explicaciones del tratado definitivo, el reconocimiento de la soberanía de España sobre el país de Mosquitos como parte de todo aquel continente, y la evacuacion absoluta de todos aquellos establecimientos por los colonos ingleses (2).

«La transaccion mas honorífica y mas ventajosa de cuantas ha ajustado la corona de España desde la paz de San Quintin,» llama un historiador inglés á este tratado. Despues de semejante confesion nadie puede ya extrañar que dijera el conde de Floridablanca con noble y justificada vanidad á su soberano: «Todo el mundo ha hecho justicia á V. M. confesando que de mas de dos siglos á esta parte no se ha concluido un tratado de paz tan ventajoso á la España. La reintegracion de Menorca, la de las dos Floridas, la de toda la gran costa de Honduras y Campeche, son objetos tan grandes y de tales consecuencias que á nadie se pueden ocultar.... Sabe V. M. que desde el principio de la guerra fueron estos y el de Gibraltar los que se propuso su soberana comprension, añadiendo

(1) No pierde ocasion el historiador inglés de hacer resaltar la doble conducta de Francia. «*Aparentó* Francia, dice, que queria entrar en este plan (el de la expedicion)... se nombró á Estaing para mandar las fuerzas combinadas... y pasó á España con el objeto *aparente* de acelerar los preparativos necesarios.»

(2) Coleccion de Tratados de paz.—Memoria de Floridablanca.—Idem del conde de Aranda.—Raynneval, Instituciones, Apéndices.—Bourgoing, Cuadro de la España moderna.

el de libertar nuestro comercio y la autoridad de V. M. en sus puertos, aduanas y derechos reales de las prisiones en que los había puesto el poder inglés en los precedentes siglos y tratados. También esto se ha conseguido por el tratado presente, que nos ha abierto una puerta para aquella libertad....»

Así terminó aquella guerra de cinco años tan memorable como obstinada, si bien no sin sacrificios de parte de las naciones empeñadas en ella, pero con la admirable circunstancia, por lo que hace á España, de no haber dejado de pagarse puntualmente la tropa, los empleados públicos y la casa real, y de no haberse hecho una sola quinta extraordinaria. Contribuciones extraordinarias hubo necesidad de imponer; pero esto ni se hizo arbitrariamente, sino con acuerdo de una junta compuesta de todos los diputados del reino, del procurador general, y de muchos ministros y consejeros autorizados, satisfaciéndose en su mayor parte de arbitrios por roturas, cultivos y cerramientos de tierras concedidos á los pueblos, ni se cobraron sino el tiempo preciso que duró la guerra; pues habiéndose firmado el tratado definitivo en setiembre de 1783, el nuevo año siguiente comenzó sin otros impuestos que los ordinarios; merced á la buena administracion, y á los muchos donativos con que pueblos, corporaciones y particulares quisieron á porfía contribuir á los gastos de una lucha que se consideró como de honor nacional.

Mercedes otorgó el rey, como acostumbraba, para galardonar á los que en ella habían prestado mejores servicios y trabajado con mas celo, ya con el consejo y direccion, ya con las armas. Digno de aplauso fué el comportamiento del conde de Floridablanca en esta ocasion, pues habiendo remunerado el rey á propuesta suya á tres de sus compañeros en el ministerio (3), pidió al soberano con mucho empeño una gracia para sí, á saber, la de que le permitiera retirarse del ministerio. Carlos se negó abiertamente á admitirle la dimision (4).

CAPÍTULO XVI

La América española.—Estados berberiscos.—Situacion general de Europa

DE 1780 Á 1788

Comociones en la América del Sur.—Causas del descontento de los indios.—Rebelion de Tupac-Amaru en el Perú.—Sangrienta alevosía con que la inauguró.—Cunde el fuego de la insurreccion á otras provincias.—Amenazan los sublevados las ciudades de Cuzco y La Plata.—Trágicas escenas y horribles excesos de los indios en Oruro y otras poblaciones.—Triunfos de Reseguín sobre los rebeldes.—Prisiones y suplicios.—Arrogancia de Tupac-Amaru al frente de sesenta mil indios.—Persiguenle Valle y Areche.—Marcha penosa de los españoles.—Derrota Valle á los sublevados.—Tupac-Amaru prisionero.—Mantienen sus parientes la rebelion.—Son vencidos.—Atroz ejecucion de Tupac-Amaru y su familia en la plaza del Cuzco.—La insurreccion de Buenos-Aires.—Sofócala Reseguín.—Los rebeldes se acogen á indulto.—Nuevas alteraciones.—Prision y castigo de sus autores.—Pacificacion de la América española.—Tratos de Carlos III para ponerse en paz con las regencias berberiscas.—Tratado de amistad y comercio entre España y Turquía.—Regalos del monarca español al Sultan.—Embajador turco en Madrid.—Niéganse los argelinos á hacer amistad con España.—Expediciones contra Argel: bombardeos.—Paz entre España y la regencia argelina.—Paz con la de Trípoli.—Treguas con la de Túnez.—Resultados de la paz de España con las potencias infeles.—Enlaces y alianza con Portugal.—Ingratitud y desarreglo del rey de Nápoles.—Prudente política de Carlos con las potencias europeas.—Sucesos de Holanda.—Francia y Prusia atajan los planes del emperador austriaco.—Reformas imprudentes de José II.—Amargura del papa Pio VI.—Muerte de Federico II de Prusia.—Cambio de la política europea.—Diversa situacion de Inglaterra y de Francia.—Restablecimiento del antiguo gobierno holandés.—Amenaza nueva guerra.—Interviene discretamente y la evita Carlos III.—Convenio entre Francia é Inglaterra.—Convenio entre Inglaterra y España.

Aun estaba léjos de verse el término de la guerra producida por el levantamiento de las colonias inglesas de América,

(3) Se dió el título de conde de Gausa con la Gran Cruz de Carlos III á don Miguel de Muzquiz, la misma Gran Cruz á don José de Galvez, ministro de Indias, y plaza efectiva de consejero de Estado al de Marina, marqués de Castejon.

(4) Memoria de Floridablanca.

cuando ya habían ocurrido serios alborotos y graves conmociones en la América española, especialmente en los vireinatos del Perú y Buenos-Aires. Dejando para otra ocasion y lugar la cuestion de si en estas sublevaciones pudo influir el ejemplo de los anglo-americanos, de si fué acierto ó error de la política de Carlos III el haber fomentado mas ó menos indirectamente la insurreccion de los Estados-Unidos, y de si hubo enlace y cohesion entre ambos acontecimientos ó deben considerarse aisladamente y sin trabazon alguna, nos limitaremos aquí á indicar el principio y la terminacion de los lamentables sucesos que ocurrieron en los dos países arriba indicados.

Desde 1780 habían comenzado las turbaciones, revueltas y excesos de los indios, principalmente contra los corregidores, por la opresion y los vejámenes que sufrían de estos funcionarios, y en particular por el abuso que cometían repartiéndoles y haciéndoles tomar artículos inútiles á precios muy caros y subidos. Algunos fueron asesinados, y otros estuvieron en peligro de serlo. El descontento era grande; había una tendencia manifiesta á la sublevacion, y solo faltaba á los indios un jefe activo y emprendedor que los guiara. Dejósele este en la persona de José Gabriel Tupac-Amaru (en lenguaje peruano *Tupac-Aymaru*), cacique de Tungarua en la provincia de Tinta, de la familia llamada Ampuero, que blasonaba de descender, por la línea de las hembras, de los antiguos Incas, y por la varonil, de uno de los compañeros de Pizarro. Los vireyes españoles á su llegada hacían acatamiento público á esta familia, que solía residir en Lima, como en memoria y consideracion á su antigua y esclarecida estirpe; y excusado es decir que en el país era mirada con el respeto de quien representaba todavía un símbolo vivo de sus antiguos soberanos. Superior el José Gabriel á los de su raza, por haber cultivado las letras, había pasado ya por su cabeza el proyecto de restaurar el trono de sus mayores, y teníanle los indios por el mas capaz de libertarlos del yugo de la dominacion española. Desórdenes producidos so pretexto de intentar el gobierno español imponer un nuevo tributo á los naturales, dieron ocasion á este cacique para alzar la bandera de la rebelion tiéndola alevosamente en sangre.

Había el corregidor don Antonio Arriaga preso algunos de los alborotadores, y Tupac-Amaru meditó tomar venganza del corregidor. Convidóle á un banquete en celebracion de los dias de Carlos III: Arriaga aceptó el convite; mas no bien había comenzado el festin, cuando Tupac-Amaru arrojando la máscara le intimó que se diera á prision (4 de noviembre, 1780), y despues de tenerle seis dias preso le hizo ahorcar públicamente en la plaza de Tinta; apoderóse de sus bienes, se puso á la cabeza de sus parciales y de un cuerpo de milicias, y se declaró libertador del Perú, y sucesor legítimo de los Incas. Un destacamento de seiscientos hombres que envió contra él el corregidor del Cuzco, despues de haber sufrido varios contratiempos, fué completamente derrotado por el cacique rebelde, que orgulloso con esta primera victoria se dirigió al Cuzco, con ínfulas de ser coronado como Inca, en tanto que la insurreccion se propagaba á las provincias inmediatas. Gracias á la presencia casual del teniente coronel Villalta, y á la decision del obispo y de los eclesiásticos seculares y regulares, se organizó la resistencia y se salvó la ciudad.

Pero el ejemplo y las proclamas de Tupac-Amaru propagaron instantáneamente el fuego de la rebelion á todas las provincias situadas entre el Tucuman y el Cuzco; pocas poblaciones se mantenían por el rey: en Chayanta se renovaron los desórdenes, exacerbándolos, en vez de aplacarlos, la audiencia de Charcas con poco prudentes medidas: la prision de Tomás Catari en la ciudad de La Plata irritó á dos de sus hermanos, que no tardaron en reunir siete mil indios, con los cuales se presentaron amenazadores é insolentes delante de la ciudad pidiendo algunas cabezas, poniéndola en consternacion y obligando á hacer cortaduras en las calles para su defensa. Una partida que tuvo el arrojado de salir á buscar los rebeldes hubiera perecido toda á no protegerla en su retirada varias columnas de la ciudad (16 de febrero, 1781). De cobarde era motejado por los vecinos el comandante general don Ignacio Flores, y de tal manera se vió ya picado en su honra que tuvo que disponer una salida con las milicias y paisanos, en

la cual ahuyentaron á los indios haciendo prisioneros á los Cataris, que murieron en la horca.

Mas la satisfaccion de este pequeño triunfo fué bien pronto turbada con la noticia de los terribles excesos y trágicas escenas ocurridas en la villa de Oruro, donde los indios, excitados por dos hermanos turbulentos, y no obstante los esfuerzos del celoso corregidor Urrutia y de algunos buenos patricios, como también de las comunidades religiosas, cometieron horribles asesinatos, habiendo español á quien arrancaron de entre los pliegues del manto de la Virgen de los Dolores para clavarle el puñal. Las alarmas allí se reproducían todas las noches con caracteres tan sangrientos, que los mismos hermanos Rodríguez que habían provocado la sedicion tuvieron que pedir auxilios á los españoles para escarmentar aquellas hordas de forajidos.

Y todavía estos horrores no eran comparables á los que en otros puntos estaban perpetrando los feroces indios. Aquí degollaban dentro de un templo á cien sacerdotes y mil personas mas, sin reparar en edad ni en sexo; allí sacrificaban bárbaramente á un español con su esposa y seis hijos, entre ellos uno apenas salido del seno materno; en otra parte acababan á golpes á un respetable párroco al pié del ara santa y con el Señor Sacramentado en las manos. Los eclesiásticos y los corregidores eran las víctimas que escogían con frecuencia aquellos tigres de raza humana. Cuerpos de tropas fueron enviados de Buenos Aires, que con actividad asombrosa salvaron largas distancias en persecucion de aquellos desalmados rebeldes, por entre asperezas y desfiladeros, distinguiéndose por su decision el teniente coronel de dragones, don José Reseguín, que guiado y auxiliado por algunos celosos párrocos, sorprendió en Tupiza (17 de abril, 1781) al caudillo de los sediciosos y á ciento sesenta mas de los principales de ellos. Sofocó las turbulencias de otros pueblos, condenó al último suplicio á los cabezas de motin, y entró triunfante en La Plata. Servicios semejantes estaba prestando por otro lado la columna mandada por el teniente coronel capitán de granaderos de Saboya don Cristóbal Lopez, y merced á los esfuerzos de tan bizarros jefes iban siendo escarmentadas las salvajes hordas de las provincias de Buenos Aires, aunque les faltaba mucho todavía para volverle el reposo, casi toda ella rebeldada y hecha teatro de crímenes horrendos (1).

Era, no obstante, Tupac-Amaru quien acaudillaba en el Perú mas formidable y mejor dirigida hueste, como quien tenía mas representacion por su linaje y aventajaba á todos en despejo. Instantáneamente había reunido una falange de diez mil hombres, y hay quien afirma que llegaron á agruparse en derredor de su bandera hasta sesenta mil, de ellos una tercera parte armados á la europea. Montaba él un caballo blanco, y vestía un lujoso traje, con ciertas insignias que simbolizaban la soberanía (2).

Era el empeño principal de este caudillo apoderarse del Cuzco, antigua capital de los Incas sus ascendientes. Con arrogancia se presentó delante de ella al frente de millares de indios al comenzar el año 1781. A batirle salieron diferentes veces los poquisimos soldados españoles que había en la ciudad, pero auxiliados por los comerciantes y por los mismos eclesiásticos, que bajo el mando del dean del cabildo se pre-

(1) Relacion compendiosa de los principales hechos acaecidos en la sublevacion del Perú, que principió en mayo de 1780.—Carta del obispo de Cuzco al de la Paz.—Angelis, Coleccion de obras y documentos relativos á la historia antigua y moderna del Río de la Plata.—Informe del fiscal de la audiencia de Charcas sobre la tragedia ocurrida en la villa de Oruro.—Partes de Reseguín y del gobernador Mestre al virey de Buenos-Aires.—Lista de los corregidores que han muerto en las sangrientas manos de los indios sublevados desde la provincia de Tinta, etc.

(2) Ferrer del Río, que consagra á esta rebelion un capítulo entero, á la cual William Coxe dedica dos solas páginas, describe así el traje del cacique rebelde, tomándolo de una relacion contemporánea: «Traje azul de terciopelo galoneado de oro, y encima la camiseta ó *unco* de los indios, cabriolé de grana, sombrero de tres picos, y como insignias de la dignidad de sus antepasados, llevaba un galon de oro ceñido á la frente, y del propio metal una cadena al cuello, con un sol al remate. Sus armas eran dos trabucos naranjeros, pistolas y espada.»—Historia de Carlos III, libro V, cap. 5.

sentaron armados en socorro de aquellos pocos valientes, lograron obligar á Tupac-Amaru á replegarse sobre su provincia, y á reconcentrar allí su gente; bien que probablemente le movió más á ello la noticia de haber salido contra él fuerzas de Lima mandadas por el mariscal de campo don José del Valle, y por el visitador don José Antonio de Areche, los cuales incorporando á las tropas veteranas los muchos indios auxiliares que se les iban presentando llegaron á reunir un cuerpo de diez y siete mil hombres, número admirable, atendiendo á que todas las tropas españolas estaban ocupadas en la guerra con la Gran Bretaña.

Hacia la provincia de Tinta se encaminó el general Valle (9 de marzo, 1781), dividida su gente en seis columnas. Penosa por demás y á prueba de paciencia y sufrimiento fué el camino: áspero y escabroso el país, cortado por riscos y montañas, de cuyas cumbres y laderas los hostigaban manadas de indios; lluvias, nieves y granizadas; falta de mantenimientos; poblaciones abandonadas y desiertas; refriegas continuas con los enemigos emboscados; no hubo género de trabajos y penalidades que no pasaran, hasta que al fin divisaron el campamento de Tupac-Amaru en una escarpada eminencia, orilla de un río. Logró Valle desalojarlos de allí, trepando valerosamente sus veteranos hasta la cima de la montaña. Al siguiente día batieron y derrotaron los españoles á un cuerpo de más de diez mil rebeldes, entre los cuales estaba Tupac-Amaru, que merced á la ligereza de su caballo se salvó vadeando el río con no poco riesgo de su persona. Entró Valle con su gente en la ciudad misma de Tinta, de donde había huido la familia del cacique. Las disposiciones que tomó para perseguirla dieron su fruto. El coronel don Ventura Larda tuvo la fortuna de aprisionar al famoso Tupac-Amaru: su mujer Micaela Bastidas, sus dos hijos Hipólito y Fernando, y algunos parientes suyos cayeron también en poder de aquel jefe (6 de abril, 1781).

Gran golpe llevó con esto la rebelión, pero todavía no quedó domeñada. Mantuviéronla Diego Cristóbal Tupac-Amaru, hermano del José Gabriel, y sus dos sobrinos Andrés Noguera y Miguel Bastidas, que más feroces que aquel, acuchillaban á cuantos no eran de su raza. El valeroso Valle, después de haber llevado los prisioneros al Cuzco, dejó varias columnas en el Perú para acabar de cosegar aquellas provincias, y él se dirigió á Buenos Aires en busca de Diego Cristóbal Tupac-Amaru, que allí se engrosó con multitud de bandas rebeldes. Más de doce mil de ellos tenían cercada la villa de Puno, y en apurada y miserable situación al vecindario. Valle salvó aquellos fieles moradores, y se los llevó consigo, porque no podían subsistir en la población. En cerros y cañadas sostuvo refriegas sangrientas con los sublevados, que se defendían desesperadamente, y preferían despeñarse de los riscos y perecer en los barrancos á caer en manos de los españoles; y después de una penosísima marcha, siempre en medio de enjambres de enemigos, logró regresar con su mermada columna al Cuzco (5 de julio, 1781), donde halló que durante su expedición el cacique José Gabriel Tupac-Amaru, Micaela su mujer, sus dos hijos Hipólito y Fernando, su tío Antonio Bastidas, un cuñado y otros varios parientes, todos habían sido ajusticiados en la plaza pública (18 de mayo, 1781), acompañando á aquellos suplicios circunstancias atroces, cuya relación hace erizar los cabellos, y no puede, ni copiarse sin repugnancia, ni leerse con ánimo sereno y sin estremecerse de horror (1).

(1) Solo como muestra de que no exageramos podemos decirnos á estampar, haciéndonos violencia, algunas particularidades de estas sangrientas ejecuciones, referidas por testigos oculares. Prescindiendo de la crueldad de haber hecho á un niño de diez años presenciar el suplicio de los autores de sus días, y pasar por debajo de la horca, al José Gabriel, jefe de aquella desdichada familia y del levantamiento, le hicieron cortar la lengua en medio de la plaza por mano del verdugo, luego tendido en el suelo atáronle piés y manos á las cinchas de cuatro caballos, para que arrancando estos á la carrera partieran su cuerpo en cuatro partes; y como los caballos fuesen débiles y les faltaran fuerzas para dividirlo, descoyuntáronle teniéndole en el aire un buen espacio, hasta que se dispuso cortarle la cabeza. No mencionaremos otros pormenores de esta especie. —Castigos ejecutados en la ciudad del Cuzco: Anónimo.—Otra Relación histórica de los sucesos de la rebelión de Tupac-Amaru.—Diario de las tropas que salieron del Cuzco, etc.—Oficios del visitador Areche.

De caída iba la rebelión en el vireinato del Perú; manteníanla viva en Buenos Aires los deudos y amigos de los caudillos anteriores (2), los cuales tenían sitiada la ciudad de la Paz con doce mil indios; defendíala á costa de sacrificios y fatigas el obispo de la diócesis, y el valeroso don Sebastián de Segurola; una vez la socorrió el general don Ignacio Flores (julio, 1781); mas como otras atenciones le obligaran á alejarse, la sitiaron los rebeldes de nuevo, y entre otros medios de destrucción que emplearon fué uno el de inundar la población con el agua de las presas y estanques que habían practicado en el río, rompiendo de golpe los diques (3). Pero aun resistían con admirable constancia los de dentro, pasando cerca de cuatro meses en aquella situación angustiosa, hasta que acudió en su auxilio con cinco mil hombres y logró salvarlos el intrépido Reseguín, no obstante hallarse muy quebrantado de salud. Tan postrado le tenían sus padecimientos, que en hombres de sus soldados tuvo que ser llevado al pueblo de las Peñas, donde se habían acogido los sediciosos; y así y todo fueron estos derrotados, cayendo en su poder Tupac-Catari. Y como en aquel intermedio hubieran publicado bandos de indulto los vireyes de las provincias sublevadas, presentáronse allí á gozar de los beneficios del perdón el Miguel Bastidas y siete coroneles, que fué el punto en que la insurrección comenzó á marchar en visible decadencia (noviembre, 1781).

Tratos y gestiones entabló también para acogerse al indulto Diego Cristóbal Tupac-Amaru, hermano del José Gabriel, único cabeza de sedición de alguna importancia que quedaba ya, manifestando su disposición á someterse al monarca y á las autoridades españolas, siempre que viera que se ponía coto á las demasías de los corregidores que acumulaban inmensos capitales á costa de los infelices indios, reducidos por ellos á la triste situación de no tener con qué vestir ni con qué alimentar sus pobres familias, que era, decía, lo que los había puesto en el caso desesperado de apelar á las armas á falta de justicia. Entendiéndose para ello con el jefe de la columna don Ramon Arias, é interviniendo el obispo del Cuzco y el mismo general Valle, hizo al fin su sumisión solemne aquel caudillo con todos los suyos (27 de enero, 1782) ante los dos últimos personajes en el pueblo de Sicuani. Mas como algún tiempo más adelante (enero, 1783) se promoviesen nuevas, aunque pasajeras alteraciones en algunas provincias, fácilmente sofocadas por Valle con prisión de sus autores, y como se creyera notar en Diego Cristóbal Tupac-Amaru un interés demasiado vivo en favor de los indios, redújosele también á prisión, y por último murió ahogado y cruelmente atenaceado en la plaza del Cuzco (19 de julio, 1783), juntamente con los jefes de la última tentativa de insurrección (4).

De esta manera quedaron apagadas las postreras chispas de la terrible sublevación de la América meridional española, en que se calcula haber perdido lastimosamente la vida sobre cien mil personas entre rebeldes y leales: provocada sin duda por la sórdida y abominable codicia de los corregidores, y que pudo poner en peligro la dominación española en aquellas dilatadísimas comarcas. La fortuna fué que no tuvieran los peruanos un jefe del talento, de la capacidad y del valor é inteligencia de un Washington, y que no hubiera una nación poderosa que fomentara, auxiliara y protegiera la insurrección del Perú y de Buenos-Aires, como las tuvieron las colonias inglesas del Norte de América; que habría sido una fatalidad de consecuencias incalculables, distraídas como se hallaban á la sazón en otras guerras las fuerzas marítimas y terrestres de España. Menester fué, como medida necesaria para ver de evitar ulteriores conmociones, abolir el fatal derecho del repartimiento que los corregidores tenían y de que tanto habían abusado, y por último se aplicó el más radical remedio de suprimir la clase de administradores de justicia de aquel título en todos nuestros dominios americanos.

(2) Eran los principales de aquellos Tupac-Catari, Miguel Bastidas, Andrés Noguera, y una mujer llamada la Bartolina, esposa ó amante de uno de los rebeldes.

(3) Igual operación habían ejecutado en el pueblo de Sorata, causando deplorables estragos.

(4) Proceso formado á Diego Cristóbal Tupac-Amaru, Manuscrito en folio, de la biblioteca de la Real Academia de la Historia.

Aun no se habían apagado del todo estas turbulencias, ni ultimado la paz con la Gran Bretaña, cuando ya Carlos III estaba tratando de ponerse en buenas y amistosas relaciones con las regencias berberiscas, á fin de poder consagrarse con quietud y desembarazo á promover los intereses y el bienestar de los españoles. Firmada la paz con Inglaterra y sosegadas las turbaciones de allende el Atlántico, pudo ya el ministro Floridablanca emprender abiertas negociaciones en el sentido de aquel pensamiento con los Estados de Africa, y principalmente con la regencia de Argel, que era la que con sus piraterías estaba causando más daño á nuestro comercio y á la navegación del Mediterráneo. Mas como los argelinos se negasen á entrar en arreglos sin previo consentimiento del Gran Señor, jefe del imperio Otomano, dirigióse el ministro español á la corte del Sultan por medio del hábil negociador Bouigny, conocedor del carácter y de las costumbres de las naciones de Levante. Conviniere al sultan Achmet IV hacer alianzas y tener amigos, en ocasión que la disputa entre la Rusia y la Puerta le acababa de costar la cesion de la Crimea al autócrata; y esta circunstancia y el buen manejo de Bouigny contribuyeron á vencer los obstáculos que oponían otras potencias, y especialmente la Francia, por lo mismo que los medios que empleaba para impedir ó entorpecer la negociación eran más disimulados y tenebrosos (1).

Concluyese pues un tratado, que puede decirse de amistad y de comercio, entre el rey de España y el emperador de Turquía, con más pena que gusto de otras naciones, el cual se firmó en Madrid el 14 de setiembre de 1782, y se ratificó solemnemente en Constantinopla en 25 de abril de 1783. Y no solo terminó entonces la antigua enemistad religiosa y política entre España y la Sublime Puerta, sino que el Sultan se obligó á comunicar esta paz á las regencias de Argel, Túnez y Trípoli, á los efectos que Carlos III apetecía. Envió el monarca español ricos presentes al Gran Turco, entre ellos la magnífica tienda que había servido á Fernando el Católico en la última campaña contra los moros del reino granadino (2), y por primera vez, de resultas de este convenio, se presentó en Madrid un embajador turco, Achmet Fuad Effendi, que fué recibido con gran ceremonia y con una pompa verdaderamente oriental.

Ni aun después de ajustado el convenio entre España y Turquía, ni con haber enviado el emperador otomano su firmán á las regencias berberiscas, quiso la de Argel entrar en tratos amistosos con Carlos III, en cuya virtud se acordó recabar por la fuerza lo que no se había podido conseguir con proposiciones de conciliación. De la que se había empleado en el sitio de Gibraltar fué fácil encomendar á don Antonio Barceló una flota de seis navíos de línea, doce fragatas y bastantes buques ligeros, para que fuese á bombardear á Argel y castigar aquel albergue de piratas. Los caballeros de Malta se aprestaron á formar parte de esta expedición. Con la esperanza, que al fin salió fallida, de un arreglo por mediación de la Francia que á ello se había ofrecido, se dirigió la partida de la flota, en términos que cuando llegó á la costa africana (julio, 1783), los argelinos habían tenido tiempo de prevenirse á la defensa, de fortificar la plaza, y de preparar una flotilla que impidiera acercarse á la costa. De modo que los nuestros no pudieron hacer otra cosa que limitarse á bombardear de lejos la ciudad, sin otro resultado que la destrucción de unas malas casas ó chozas, habiendo consumido una inmensa cantidad de municiones. Con esto y con el temor á la proximidad del equinoccio, tan peligroso en las costas de Africa, determinó el jefe de la expedición dar la vuelta con sus naves á los puertos españoles. Lo cual no merecía ciertamente los elogios que consagraron los poetas á Barceló, ni la largueza con que

remuneró el monarca á los jefes y oficiales de la expedición otorgándoles ascensos y grados (3).

Una segunda expedición se preparó para el año siguiente (1784), porque fué resolución formal del monarca y del gobierno español repetir las anualmente hasta obligar á los argelinos á desear y pedir la paz; pues sobre aprovechar de este modo las bombas y municiones de guerra que habían sobrado del sitio de Gibraltar después de hecha la paz con los ingleses, se lograba por lo menos librar los mares en las primaveras y veranos de corsarios argelinos. No produjo la segunda expedición, aunque auxiliada con buques de Portugal, resultado mucho más decisivo que la primera. Ya estaban muy adelantados los aprestos para la de 1785, cuando se recibieron avisos de que la regencia se mostraba propicia á un ajuste (4). Entonces se envió al jefe de escuadra don José de Mazarredo, de paso que hacia la prueba de dos navíos y dos fragatas nuevas, con instrucciones de lo que había de practicar. Partió Mazarredo de Cartagena, y fondeó en la rada de Argel (14 de junio, 1785). Ciertos habían sido los avisos sobre la buena disposición de la regencia, y tanto, que á los dos días (16 de junio) se ajustó un tratado entre argelinos y españoles, que si bien tropezó todavía con algunas dificultades, llegó á estipularse definitivamente sobre las bases y principios del ajustado antes con la Puerta Otomana, y con las modificaciones convenientes para librar el comercio y las costas de España de las insolencias de aquellos piratas: medida, dice un escritor extranjero, menos brillante, pero ciertamente más útil que la toma de Argel por asalto (5).

Menos obstáculos había ofrecido la negociación con la regencia de Trípoli. Cooperó á ello eficazmente, con real autorización, el conde de Cifuentes, capitán general de las Baleares desde la reconquista de Menorca, valiéndose oportunamente y con buen éxito de la familia de los Soleres, alguno de cuyos individuos residía á la sazón en aquella regencia, y todos de influencia y á propósito para el caso. Así la paz con Trípoli había sido ya definitivamente firmada el 10 de setiembre de 1784, y los Soleres, recompensados por el rey, cada uno según le correspondía, en remuneración de aquel buen servicio (6).

Uno de los Soleres, don Jaime, fué enviado después á Túnez para ver de arreglar un concierto con el bey de aquella regencia, que había prometido estar pronto á hacerle tan luego como supiese estar concluida la paz entre España y Argel. Mas no eran las condiciones que exigía el tuncino para ser admitidas por el agente español, y menos la de que se le pagara el ajuste á dinero contante; así fué que las rechazó con dignidad como inadmisibles el representante de España; y como el africano no se acomodase á la paz sin recompensa pecuniaria, en vista de sus comunicaciones la corte de España le ordenó que se retirase de Túnez. Suplieron en parte la falta de un tratado formal de paz unas treguas que con el bey había ajustado el patron español don Alejandro Basellini, que aprobó el soberano y que fueron revalidadas después (1786). De este modo se completó el sistema pacífico que se había propuesto Carlos III para sus fines políticos con las potencias infieles.

(3) «Digno aplauso del Excmo. señor don Antonio Barceló por la expedición contra Argel en agosto de 1783, proferido en varios metros por don Francisco Mariano Nifo.»—«Endecasílabos que con motivo del bombardeo de Argel, ejecutado en el mes de agosto de este año por el Excelentísimo señor don Antonio Barceló, teniente general de la Real Armada, escribía don Vicente García de la Huerta.»—Lista de las gracias y ascensos concedidos por S. M. á los jefes y oficiales de la expedición de Argel: Suplemento á la Gaceta del viernes 26 de setiembre de 1783.

(4) No es por consecuencia exacto lo que asienta William Coxe, á saber, que se suspendieron estas agresiones, porque solo servían para exasperar á un partido sin ser de provecho á otro.—Reinado de Carlos III, capítulo 76.—Las agresiones sirvieron al objeto, como se puede ver en la Memoria de Floridablanca, y la tercera se suspendió por la razón que hemos dicho.

(5) Correspondencia y partes de Mazarredo, en las Gacetas de agosto y setiembre de 1785.—Memoria de Floridablanca.

(6) Correspondencia entre los Soleres, Cifuentes y Floridablanca, desde setiembre de 1783 á octubre de 1784.—Real orden de 26 de octubre concediendo mercedes á aquella familia.—Beccatini, Vida de Carlos III.

(1) Floridablanca, en su Memoria, se muestra altamente resentido del comportamiento de la Francia en este negocio, y aunque guarda la consideración de no nombrarla, de sobra se trasluce que alude á ella cuando habla de falacias, artificios, mentiras y fingimientos.

(2) Bourgoing, Cuadro de la España moderna.—Parece que entre los regalos que se enviaron al Gran Turco fué uno el de veinticinco piezas de paño fino, como muestra del estado de la fabricación en España.